Brilla

RBA MOLINO

JESSICA JUNG

Traducción de Martina Garcia Serra

RBA

Este libro es una obra de ficción.
Los nombres, los personajes, los lugares y los hechos
que se narran son producto de la imaginación de la autora
y se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales,
vivas o muertas, establecimientos comerciales,
hechos y lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *Shine*.
Autora: Jessica Jung.

© Jessica Jung & Glasstown Entertainment, 2020.

Publicado originalmente en inglés por Simon Pulse,
un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division.
Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Martina Garcia Serra, 2020.
© de esta edición: RBA Libros, S. A., 2020.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

© del diseño y del arte de la cubierta:
Sarah Creech/Simon & Schuster, Inc., 2020.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Primera edición: noviembre de 2020.

RBA MOLINO
REF.: MONL672
ISBN: 978-84-272-1948-9
DEPÓSITO LEGAL: B.16.612-2020

EL TALLER DEL LLIBRE • PREIMPRESIÓN

Impreso en España • *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Para mis Golden Stars
y para Krystal, la luz más
brillante de mi vida.

Uno

«Cabeza alta, piernas cruzadas. Mete barriga, hombros atrás. Sonríe como si el mundo entero fuera tu mejor amigo». Mentalmente me repito el mantra sin parar mientras la cámara ofrece un primer plano de mi rostro. Las comisuras de mis labios se curvan en una sonrisa de brillo rosado que, colmada de dulzura, grita: «¿No quieres contarme todos tus secretos?».

Aunque probablemente no deberías. ¿Sabes aquello de que tres pueden guardar un secreto si dos están muertos? Bueno, pues no podría ser más cierto en mi mundillo, en el que todo el mundo está siempre al acecho y tus secretos podrían acabar contigo. O, al menos, acabar con tu oportunidad de brillar.

—¡Debéis de estar emocionadísimas, chicas! —El entrevistador es un hombre de mediana edad con la tez blanca y el pelo graso y repeinado hacia atrás. Podría haber sido apuesto si la combinación de corbata de satén fucsia chillón y la camisa roja no llamara tanto la atención. El hombre se inclina hacia delante con gran interés, sus ojos brillan ante las

nueve chicas que tiene sentadas enfrente, un mar de olas marinas desordenadas a la perfección y de rostros inmaculados que brillan gracias a largos años de máscaras faciales para iluminar la tez, absolutamente todo coreografiado, incluso nuestras piernas cruzadas con elegancia y el orden descendente de nuestros tacones de aguja que forman un arcoíris de tonos pastel—. Llegar al número uno de todas las listas, ¡y nada menos que con vuestro primer vídeo! ¿Estáis a un paso de un All-Kill! ¿Cómo os sentís?

—No podríamos estar más contentas —responde Mina con entusiasmo al tiempo que muestra su dentadura perfecta en una sonrisa brillante. Me duelen los músculos de la cara al imitar su expresión.

—Es un sueño hecho realidad —coincide Eunji. Justo después se escucha el ruido que hace con el chicle antes de formar una inmensa pompa con aroma de fresa.

—Estamos tan agradecidas por la oportunidad de hacerlo juntas... —añade Lizzie, cuyos ojos prácticamente relucen bajo las capas de sombra de ojos plateada.

Al entrevistador se le iluminan los ojos y vuelve a inclinarse hacia delante con aire de complicidad.

—Entonces, ¿todas sois amigas? Es decir, nueve chicas increíblemente preciosas en un solo grupo... No puede ser siempre fácil.

Una risita ligera y natural emana de entre los labios de Sumin, perfectamente pintados de rojo brillante.

—Nunca nada es «siempre fácil» —afirma—. Pero somos una familia. Y la familia es lo primero. —Entrelaza el brazo con Lizzie, que está sentada a su lado—. Debemos estar juntas.

El entrevistador se lleva una mano al corazón.

—Qué bonito. Y ¿qué os gusta de trabajar juntas? —Sus ojos se pasean lentamente por el grupo hasta que se detienen en mí—. ¿Rachel?

Mis ojos miran automáticamente a la enorme cámara que está detrás del entrevistador. Puedo sentir el objetivo haciendo zum para enfocarme. «Cabeza alta, piernas cruzadas. Mete barriga, hombros atrás». Me he estado preparando para este momento durante años. Dedico una gran sonrisa al entrevistador y lo convierto en mi mejor amigo. Y me quedo completamente en blanco.

«Di algo, Rachel. Lo que sea. Este es el momento que tanto esperabas». De pronto me sudan las manos y puedo sentir que las otras chicas, incómodas, empiezan a moverse en sus asientos cuando mi silencio colma la sala. La cámara se me antoja como un foco ardiente que me abrasa la piel, se me queda la boca seca y me resulta prácticamente imposible hablar.

Finalmente, el entrevistador suspira y se apiada de mí.

—Habéis vivido muchas cosas juntas. ¡Habéis trabajado duro a lo largo de siete años antes de debutar! ¿La experiencia ha sido como esperabas que fuera? —Me sonríe tras lanzarme una pregunta fácil.

—Sí —consigo responder con la sonrisa todavía estampada en el rostro.

Y el entrevistador continúa:

—Y cuéntame un poco más sobre la vida como aspirante antes de vuestro gran debut como grupo femenino. ¿Qué es lo que más te gustaba de vivir en la residencia de aspirantes?

Busco a toda costa una respuesta mientras, discretamente, me seco el sudor de las manos en el asiento de cuero. De pronto, se me ocurre una idea.

—¿Qué si no? —digo al tiempo que levanto la mano y agito los dedos para enseñar a la cámara mi manicura perfecta: todas las uñas pintadas a rayas blancas y lavanda—. Ocho chicas que te hagan las uñas. ¡Es como vivir en un salón de belleza perpetuo!

«Madre mía. Pero ¿qué me pasa? ¿En serio acabo de decir que lo que más me gustaba de ser aspirante era tener a ocho chicas haciéndome la manicura gratis?».

Por suerte, la risotada del entrevistador resuena estruendosa por toda la sala y siento que el alivio me recorre todo el cuerpo. «Vale, puedo hacerlo». Suelto una risita que acompaña la suya y las otras chicas enseguida se unen a nosotros. El entrevistador me dedica su asquerosa sonrisa. «Oh, oh».

—Rachel, has recibido muchísimos cumplidos por tu talento como vocalista principal. ¿Crees que tu talento inspira a las otras chicas para mejorar y esforzarse más?

Cuando lo oigo, me cubro la cara con las manos para esconder el rubor que nace en mis mejillas. La cabeza empieza a darme vueltas de nuevo. He practicado las respuestas a todas estas preguntas millones de veces, pero siempre que estoy enfrente de la cámara, me bloqueo. Las luces, los entrevistadores, saber que millones de personas ahí fuera me están mirando... Es como si mi cerebro se desconectara de mi cuerpo y ni toda la práctica y preparación del mundo pudieran volver a juntarlos. Siento un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de golf y me doy cuenta de que la

sonrisa del entrevistador se vuelve cada vez más rígida. «Mierda. ¿Cuánto lleva esperando a que le responda?». Enseguida suelto sin pensar:

—A ver... yo tengo talento. —Con el rabillo del ojo veo que Lizzie y Sumin se miran con las cejas enarcadas. «Mierda»—. Bueno, aunque no soy la que tiene más talento. A ver, bueno, el grupo... todas las chicas... todas somos...

—Creo que lo que Rachel quiere decir es que a todas nos encanta lo que hacemos y que nos inspiramos las unas a las otras cada día —me corta Mina con soltura—. Hablando como bailarina principal del grupo, puedo decir que he aprendido mucho de mi padre respecto a una ética de trabajo firme y...

La interrumpe el implacable ruido de la campana que marca el cambio de clase. Las cámaras se apagan y la sonrisa del entrevistador se esfuma de su rostro. El hombre se toma su tiempo para quitarse la americana con tranquilidad, hecho que revela enormes manchurrones de sudor que oscurecen el satén bajo sus axilas, mientras nosotras nueve —de las mejores aspirantes K-pop de DB Entertainment— esperamos la nota para nuestro simulacro de entrevista para la prensa.

—Me gustaría ver un poco más de energía la semana que viene. Recordad: la única diferencia entre una aspirante y una estrella K-pop de DB ¡es vuestra voluntad! Eunji... —La chica se lo mira con los ojos muy abiertos y asustados—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero ver chicles en las entrevistas? Una falta más y te mandaré derechita a las clases de los novatos. —Eunji palidece y asiente con la cabe-

za muy gacha—. ¡Sumin! ¡Lizzie! —Las chicas levantan la cabeza de golpe—. ¡Tenéis que mostrar más personalidad! Nadie va a pagar doscientos mil wones para un concierto K-pop lleno de estrellas que usan maquillaje para esconder el hecho de que no tienen nada interesante que decir. —Lizzie parece estar a punto de llorar y los labios pintados de rojo de Sumin conjuntan a la perfección con el rubor de sus mejillas. Finalmente, se gira hacia mí y con una voz casi hastiada me dice—: Rachel, ya hemos hablado de esto. Cantas y bailas como pocas personas hemos visto en esta escuela, pero eso solo es una parte del trabajo. Si ni siquiera puedes convencerme a mí durante un simulacro de entrevista, ¿cómo pretendes actuar ante grandes multitudes cada noche? ¿O dar entrevistas de verdad con público en directo? Esperamos más de ti. —Asiente brevemente hacia el grupo y luego sale de la sala de pruebas mientras saca un cigarrillo de la americana.

Prácticamente me derrito en el taburete donde me he pasado una hora sentada. Mi sonrisa se va desvaneciendo mientras me doy un masaje en la pierna derecha para aliviar el calambre que me han provocado los tacones. Ya me lo habían dicho antes. «Tienes que hacerlo mejor, Rachel. Aprende a estar cómoda ante la cámara, Rachel. Las estrellas K-pop tienen que ser encantadoras, elocuentes y perfectas absolutamente siempre, Rachel». Suelto un gruñido de dolor al girarme para ponerme las Converse. Mina me fulmina con la mirada desde su taburete.

—¿Y ahora qué pasa? —suspiro.

Levanta una mano para mostrar su manicura francesa perfecta.

—¿«Ocho chicas que te hagan las uñas»? ¿En serio? No somos tus esclavas, Rachel. —Pone los ojos en blanco.

«Y que lo digas tú», pienso para mis adentros. De todas las personas que hay en DB, Mina es quien más posibilidades tiene de disponer de esclavos. Es la primogénita de una de las familias chaebol más antiguas y poderosas de Corea, los Choo, también conocidos como la familia C-MART. Hay miles de tiendas C-MART naranjas y blancas por todo el país, y venden de todo: desde kimchi, Yakult y japchae recién hecho a sudaderas amarillo fluorescente con imitaciones de personajes Sanrio soltando frases ridículas como «Tu madre es mi hámster». Lo que significa que Mina es más rica que rica, además de mi gran pesadilla particular.

—Sabes que hacemos tantas clases de preparación para la prensa por tu culpa, ¿verdad?

Me hierve la sangre. Tiene razón. Sé que la tiene. Pero eso no significa que quiera oírlo y mucho menos que me lo diga Mina.

—¿Podrías al menos intentar responder como una estrella K-pop y no como una niñata en una fiesta de pijamas? ¿O es pedirle demasiado a nuestra pobre princesita coreana-estadounidense?

Me pongo tensa. No es ningún secreto que nací y crecí en los Estados Unidos (en la ciudad de Nueva York, para ser exactos), pero entre mi profesor de baile chillándome por haber llegado tres minutos tarde a su clase de esta mañana y mi fracaso en el simulacro de entrevista, hoy no estoy de humor para aguantar a Mina y su mal genio.

—No me ha parecido que el entrevistador te planteara

ninguna pregunta personal, Mina. Tal vez no eres tan interesante como piensas.

—O tal vez no necesito practicar —replica Mina.

Suspiro. Me he saltado el desayuno esta mañana y el esfuerzo de mantener esta pelea verbal contra Mina requiere al menos una buena comida, si no dos. Me doy la vuelta al tiempo que meto los tacones en mi bolso de piel blanco.

—¿Qué pasa? ¿Ahora piensas que eres demasiado buena para hablar conmigo? ¿Es que tu umma no te enseñó modales? —ataca Mina.

—¿Qué esperabas de ella? —dice Lizzie comprobando en su espejito grabado con sus iniciales cómo tiene el rímel. Lo cierra de golpe y me mira con los ojos entornados—. La dulce princesita Rachel, cuya madre no le deja poner los pies en la residencia de aspirantes. Quizá por eso piensa que las demás no tenemos nada mejor que hacer con nuestro tiempo que pintarnos las uñas las unas a las otras.

—Tiene que ser bonito ser la favorita del señor Noh —comenta Eunji con un enorme suspiro—. ¿Sabes?, algunas de nosotras tenemos que trabajar duro de verdad para llegar donde estamos. Y no verás al jefe de DB haciéndonos ningún favor.

—Espero que no pienses que eres una de las nuestras —dice Sumin encarándose con Eunji—. Ni siquiera puedo recordar la última vez que te vi sudando para conseguir algo.

—Hablando de sudar, quizás quieras refrescarte un poco, querida —replica Eunji, dibujando un círculo en el aire alrededor de su rostro—. Se te ve un poco... brillante.

—Bueno, a ti se te ve la nariz de plástico —contraataca Sumin.

—¡Me estáis dando dolor de cabeza! —se queja Lizzie. Luego, le lloriquea a Mina—: Sunbae, ¡haz que se callen!

Mina sonríe.

—Por supuesto, Lizzie, querida. ¿Por qué no volvemos a encender la cámara? ¡Así se callarán! Ay, espera... ¡eso solo funciona con Rachel!

La sala se llena de risitas al tiempo que se me enciende el rostro por la rabia y la vergüenza. Debería devolvérsela, pero no lo hago. Nunca lo hago. Me gusta pensar que es porque sigo hasta el final los consejos de mi madre —ya sabes, sé siempre la persona más fuerte, no te desvíes del buen camino, nunca dejes que te vean sufrir, los mantras de las feministas fuertes que piensan a la norteamericana—, pero el enorme nudo que ha vuelto a instalarse en mi garganta sabe que es mentira. Acabo de atarme los cordones de las zapatillas y me pongo de pie.

—Si me perdonáis —digo, abriéndome paso para salir del aula.

—Ay, estás perdonada —replica Mina con aire inocente.

Con el rabillo del ojo veo que se gira hacia las otras chicas, cuchicheando sin parar mientras malévolas sonrisas empiezan a iluminarles los rostros.

El campus de DB Entertainment es exactamente igual que las estrellas K-pop que produce: perfecto, brillante y, como no puede ser de otro modo, es imposible apartar la mirada de él. Es una finca de primera en el corazón de Cheongdam-

dong, la capital del K-pop. En verano, los aspirantes practican yoga y pilates en el jardín de la azotea, y se pelean por un lugar bajo la codiciada sombra de los parasoles para evitar un atisbo de bronceado. En el interior, fuentes gigantes con agua de manantial que proviene directamente del Seoraksan adornan los vestíbulos revestidos de madera de teca y mármol. Los ejecutivos de DB aseguran que las fuentes están ahí para ayudarnos a canalizar nuestra paz interior con tal de conseguir nuestro máximo potencial, pero todos sabemos que no son más que sandeces. Aquí no se puede tener paz interior.

Y menos si tienes el anuario dándote en las narices cada día.

El anuario —llamado así porque la mayoría de aspirantes no gozan de la oportunidad de tener el anuario del instituto de verdad— es el nombre que hemos puesto a las paredes que rodean la fuente del ala central del vestíbulo, decorada con fotografías enmarcadas de todas y cada una de las estrellas K-pop que han debutado gracias al programa de formación de DB. Cada día sus sonrisas perfectas de foto y sus melenas brillantes nos recuerdan a los meros aspirantes mortales lo que ambicionamos ser mientras corremos de una clase a otra. Y justo en medio de la pared —el lugar donde todos esperamos vernos algún día— hay una placa de oro con los nombres de todas las estrellas de DB que debutaron en solitario o en grupo y que han conseguido entrar en el número 1 de las listas de éxitos de Seúl con su primera canción.

Al pasar por delante, me paro para observar la placa. Los ojos se me llenan de lágrimas cuando vuelvo a leer los nombres que memoricé hace mucho tiempo. Pyo Yeri,

Kwon YoonWoo, Lee Jiyoung... y el más reciente de todos: NEXT BOYZ. Siento que se me encoge el corazón un instante —la archiconocida sensación de todos los aspirantes de K-pop: la combinación patentada de estrés, pánico y deshidratación— al recordar el desastroso papel que he hecho en la entrevista; solo pensar en ello dibuja una mueca en mi rostro. Echo a andar deprisa, casi corro hacia las salas de ensayo independiente que constituye el ala oeste del edificio.

El pasillo está lleno de atrezo y objetos extraños que las mejores estrellas de entre las mejores han llevado en sus conciertos por todo el mundo. La mitad de la parafernalia tiene las iniciales de Electric Flower y Kang Jina (una leyenda de la placa de oro y la líder del mayor y mejor grupo femenino que ha dado el K-pop en los últimos años). Debutaron en lo más alto y jamás abandonaron la cima. Cuando yo me uní a DB adoraba a aquellas chicas; a Jina especialmente. Y ahora las admiro todavía más, sabiendo como sé lo que han tenido que soportar para llegar donde están. Sin embargo, parte de mí se pregunta por las chicas que se quedaron atrás. Las que no consiguieron formar parte del grupo.

¿Seré yo una de las que llegue a la cima o me quedaré atrás, olvidada entre las sombras?

Un bajo resuena por el pasillo cuando me asomo a un aula y veo a una aspirante de segundo año practicando el icónico baile de «Don't Give Up on Love» de Blue Pearl. La chica hace mal el movimiento de brazos y se desanima; acto seguido arrastra los pies hasta el equipo de música para que la canción empiece a sonar desde el principio. Me duele todo el cuerpo con solo mirarla. Por el sudor que le cubre la

frente y las mejillas coloradas por el esfuerzo puedo decir que lleva horas allí: un día normal para cualquier joven aspirante. Al final del corredor, paso el dedo por la pantalla de registros electrónica que indica la disponibilidad de las aulas de ensayo. Todavía es temprano, sábado por la mañana, así que pienso en aprovechar la tarde para trabajar mis pasos de baile, pero... Uf, increíble. No queda ni una sola hora libre en ninguna de las aulas.

Aprieto los puños al sentir que empieza a hervirme la sangre. Lizzie tenía razón: yo no soy como los otros aspirantes que se pasan el día entero aquí, cantando y bailando en las aulas de ensayo hasta las cuatro de la madrugada, para luego ir a dormir a la residencia de aspirantes y levantarse temprano para ir a ensayar de nuevo, todos los días sin excepción. Al principio, cuando DB quiso ficharme, mamá estuvo a punto de no dejarme ir, pues significaba arrancar a nuestra familia de Nueva York para irnos a vivir a Seúl, con lo cual mi hermana tendría que dejar el colegio y sus amigas, y tanto mi padre como mi madre tendrían que buscar trabajos nuevos. Pero, además de todo eso, mi madre no podía entender por qué el K-pop era tan importante para mí y, sin duda, no entendía el tipo de vida que llevan los aspirantes (la intensa presión, los años de entrenamiento, los escándalos de las cirugías plásticas...). Entonces, cuando llevaba tres semanas más o menos suplicándole a mi madre que cambiara de opinión, mi halmoni murió. Recuerdo lo triste que me puse, lo mucho que lloré con mi madre y Leah durante horas y horas; también recuerdo cuando halmoni todavía vivía, cómo se sentaba conmigo cada mañana cuando íbamos a visitarla y me hacía trenzas mientras

me contaba al oído historias de nuestra gente. Con su relajante voz me decía que crecería y me convertiría en una mujer bella, sabia y muy rica. Mi madre no nos dejó faltar al colegio para asistir al funeral y, para cuando regresó de Corea, yo ya casi me había hecho a la idea de olvidarme de toda la historia del K-pop, pero, para mi sorpresa, umma me propuso un trato: nos trasladaríamos a Seúl y yo iría al instituto durante la semana, me formaría, seguiría valorando la posibilidad de ir a la universidad, y los fines de semana (empezando los viernes por la noche) podría ensayar. (Un día, hace unos años, le pregunté por qué había cambiado de opinión después de que muriera halmoni, pero todo cuanto conseguí fue una mirada penetrante y una buena colleja).

Los ejecutivos de DB no estuvieron de acuerdo con el trato de umma al principio, pero, por alguna razón, el señor Noh decidió hacer una excepción conmigo. Umma piensa que fue por su «empoderamiento de mujer norteamericana» (como lo llama ella), pero yo sé que soy una de las pocas afortunadas que gozan de un trato de favor por parte del señor Noh, una de las pocas a quienes ha decidido sacar de las sombras para prestarle «más atención» que al resto. (Aunque en el programa de aspirantes, más atención en realidad solo significa «más presión»). Aun así, la situación fue bastante insólita y no tardé mucho en ser conocida como «la princesita Rachel», la aspirante más consentida de DB; la coreana cuyo pasaporte norteamericano (y actitud norteamericana y aversión norteamericana por el spam) ponía más distancia que el océano Pacífico entre el resto de aspirantes y yo. Ahora, siete años más tarde, y aunque

llevo aquí más tiempo que casi todos los demás aspirantes, el mote todavía perdura.

Uno podría pensar que me juzgan por lo duro que trabajo. Por lo mucho que fuerzo mi cuerpo durante los fines de semana en la sede de DB. Por las cuatro horas que duermo por la noche cada día a causa de las largas horas de ensayos que llevo a cabo después de terminar los deberes. Por haber suplicado a mi instituto que me permitiera desarrollar estudios paralelos de música para poder disponer del aula de música para mí sola cada día durante cincuenta minutos, haciendo escalas para estar a tono. Pero en lugar de eso, me juzgan por mi ropa limpia, por mi pelo bien peinado y por el hecho de que yo tengo el privilegio de dormir en mi propia cama cada noche.

¿Lo peor de todo? Que tienen razón. Todos y cada uno de ellos dedican las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana a ensayar. La mayoría de ellos viven en la residencia de aspirantes y vuelven a casa una vez al mes (si llega). Comen, duermen y respiran K-pop. No importa cómo se mire, yo no puedo competir con todo eso; aunque es exactamente lo que tengo que hacer.

Aprieto las palmas de las manos contra mi frente e intento dar bocanadas de aire regulares y tranquilas. Cuando empecé a acercarme a la edad de debutar, supliqué a mi madre que me dejara dedicarme única y exclusivamente a ensayar, pero nunca conseguí más que una negativa ensordecedora. ¿Cómo puedo explicarle a mi madre que es casi inaudito debutar en un grupo femenino si ya no eres adolescente? ¿Cómo puedo explicarle que en dos años se me acaba el tiempo? Ya hace casi siete años que DB hizo debutar a Electric

Flower, justo antes de su último gran Family Tour. Desde entonces no han hecho debutar a ningún otro grupo femenino. Hace meses que corren rumores de que DB tiene pensado hacer debutar a un nuevo grupo femenino —y pronto—, no puedo permitirme esperar siete años más. Ni siquiera puedo permitirme esperar siete meses; para entonces podría ser demasiado tarde para mí. Debutar es todo por lo que he luchado y no pienso permitir que me ignoren. Da igual lo que diga umma.

—¡Rachel!

Aparto bruscamente las manos y finjo una aceptable expresión neutra mientras me preparo para otra confrontación con Mina. Sin embargo, suspiro y sonrío cuando veo que Akari se acerca corriendo por el pasillo, con su gruesa coleta negra ondeando tras ella.

Akari Masuda se mudó a Seúl con sus padres cuando tenía diez años, porque la base aérea de Osan contrató a su padre —un genio de la tecnología japonés— para que trabajara para ellos. Ella había sido seleccionada para empezar a ensayar con la gigantesca L-star Records, una marca de J-pop de Tokio, pero sus padres no querían que viviera sola siendo tan pequeña, de modo que su padre tiró de algunos hilos para meterla en el programa de DB. Tal vez porque ambas comprendemos lo que es ser una intrusa en Seúl, o por el motivo que sea, nos hemos llevado bien desde el día que nos conocimos. No es fácil hacer amigos cuando todo parece una competición aquí, pero Akari es una de las pocas personas de DB en quien puedo confiar de verdad.

—¿Dónde estabas? —me pregunta al tiempo que, con dulzura, enlaza su brazo con el mío. Tiene la elegancia na-

tural de una bailarina; no en vano lleva desde los cuatro años haciendo ballet.

—En clase de preparación para la prensa —respondo suavemente.

Akari me mira y, al darse cuenta de que tengo ojeras y el rostro muy colorado, me aleja amablemente de las aulas de ensayo.

—Bueno, pues te he estado buscando por todas partes. ¡Me preocupaba que te perdieras la ceremonia de reverencias de los novatos!

Me quejo y me detengo de golpe.

—Ay, no. Por favor, no me obligues a ir. Sabes que no lo soporto.

—Lo soportes o no, «la ceremonia de reverencias representa la familia y, en DB, la familia es lo primero». —Akari suelta una risita haciendo muecas con el rostro, su imitación del señor Noh, el director ejecutivo de DB Entertainment, es alarmantemente buena. Ja, ja. Me mira moviendo las cejas y añade—: Además, he oído que hay *catering*.

Me ruge el estómago solo con pensar en la comida y me acuerdo de que no he tomado nada en todo el día.

—Tendrías que haber empezado por aquí —le respondo y dejo que me arrastre con ella por el pasillo—. Sabes que nunca digo que no a la comida gratis.

—¿Y quién dice lo contrario? —grita Akari cuando entramos en el vestíbulo principal. Está abarrotado de gente: aspirantes que vuelan de una clase a otra y profesores que corren hacia sus despachos para preparar el gran concierto que Electric Flower darán en Busan el próximo fin de semana.

Entramos en la cantina, famosa por ser la única de todo Asia con una estrella Michelin. Incluso superestrellas internacionales como Joe Jonas y Sophie Turner han venido solo para probar la comida. Es una pena que se derroche con la mayoría de aspirantes e ídolos que trabajan para DB, pues nos pesan meticulosamente cada semana. No nos podemos permitir que nuestros vestidos hagan *pop* en el escenario (nótese la ironía).

El auditorio es uno de mis lugares favoritos del campus, todo de madera clara y brillante y arañas de hierro al estilo industrial colgando del techo. El escenario emerge imponente en el centro de la sala (para reflejar mejor la experiencia de actuar en un estadio, por supuesto) y está rodeado de mullidos asientos tapizados de terciopelo.

Cuando nos deslizamos hasta la primera fila de asientos, el señor Noh ya está de pie en el escenario con los nuevos aspirantes dispuestos en fila detrás de él. Miro a los críos que hay allí arriba; no pueden estarse quietos y sonríen con la energía nerviosa y entusiasmada que otros niños podrían sentir el primer día de colegio. El señor Noh, hortera como siempre y ataviado de pies a cabeza de Prada, luce su eterna mirada: los ojos entornados y críticos escondidos detrás de gafas oscuras, experto en detectar a la legua un aspirante que no esté en plenas facultades; sin embargo, sus manos reposan amablemente sobre los hombros de los novatos en un intento fallido de parecer paternal.

Mientras él parlotea sobre los desafíos que esperan a esta nueva promoción de futuras estrellas del K-pop, mis ojos se pasean por las mesas que hay en un lateral del auditorio. Es un suntuoso despliegue al estilo occidental de empareda-

dos de higos y jamón, rosquillas de agua de rosas, y fuentes de fruta a rebosar con lichis y mangos frescos. Un pequeño grupo de ejecutivos de DB y de aspirantes veteranos ya han acampado alrededor de las mesas y se están poniendo las botas. Entre ellos veo un destello de pelo rosa fucsia que me resulta familiar y saludo a Chung Yujin, la jefa de aspirantes de DB. Yujin fue quien me descubrió cuando yo estaba cantando «Style» en un noraebang de Myeong-dong. Tenía once años y Leah y yo estábamos en Seúl pasando las vacaciones de verano con halmoni. Ahora tengo dieciocho y Yujin todavía es la persona a la que más admiro y respeto en DB; es mi mentora, mi unni. Sin embargo, a excepción de Akari, nadie conoce nuestra historia y lo estrecha que es nuestra relación en realidad. Yujin siempre dice que mi vida como aspirante a estrella K-pop ya es lo bastante dura (por el interés del señor Noh y mi horario especial) y que no quiere empeorarla diciéndole a todo el mundo que soy su favorita. Me devuelve el saludo con discreción y finge interés cuando un ejecutivo viejo y arrugado la agarra del brazo y empieza a cuchichearle cosas al oído. Intercambiamos una mirada de punta a punta del auditorio y mueve los labios para decir «Ayuda».

Suelto una risita por lo bajo y los ojos se me van hacia un gran cartel naranja y blanco que hay en la mesa. El cartel reza: DE PARTE DE CHOO MINA Y SU PADRE, NOS COMPLACE PERTENECER A LA FAMILIA DE DB. «BON APPÉTIT»! Se me cae el alma a los pies. Igual sí que puedo renunciar a la comida gratis...

—Creo que he perdido el apetito —digo sin expresión.

Akari sigue mi mirada hasta el cartel.

—Ah —exclama, entendiendo mi comentario. Luego, se ríe para suavizar mi mal humor—. Venga, que Mina no es tan mala.

—¿Te acuerdas de lo que pasó en mi ceremonia de reverencias?

Akari sonríe con los ojos entornados.

—Ay, sí. Me encanta esa historia.

En mi primer día como novata en DB, no tenía ni idea de que tenía que hacer reverencias a los aspirantes veteranos durante la ceremonia. Yo acababa de bajarme del avión que me había traído desde Nueva York hasta aquí y, aunque tanto mi padre como mi madre son coreanos, el tema de las reverencias no es que se lleve mucho en los Estados Unidos. Cuando era pequeña, las reverencias no eran más que algo que hacíamos en Año Nuevo cuando visitábamos a los amigos de la iglesia de mis padres, y aquello era la reverencia coreana formal completa (y merecía la pena, además, por el billete de veinte dólares nuevecito que siempre nos daban después). Pensé que la ceremonia era, sencillamente, un evento de bienvenida, la oportunidad de conocer a los otros aspirantes. Yujin-unni, que ya se imaginaba que yo no sabría cómo tenía que comportarme, me susurró al oído que debía hacer una reverencia a los aspirantes más veteranos. Y así lo hice, una reverencia ante los jóvenes que estaban en fila y que eran mayores que yo. Sin embargo, cuando llegué a Mina, una chica de mi edad, me limité a alargar una mano para encajar con la suya, pensé que era lo más adecuado (¡y educado!). Lo mismo podría haberle pegado una patada en el estómago y haberle escupido en el pelo por el rebote que pilló.

Ahora Akari ya se ha hecho suya la historia e imita el berrinche a escala mundial de Mina:

—«¿Quién se piensa que es esa imbécil?». —Y se echa a reír—. «¿Se cree que es una eminencia por ser norteamericana? Aprende modales, novata».

Pongo los ojos en blanco al recordar cómo Mina le fue con el chisme al señor Noh y le pidió que me castigaran por mi falta de respeto a una sunbae (literalmente cualquiera que tenga más experiencia que tú, incluso si esa persona tiene tu edad o es más joven). Por suerte, Yujin frenó todo aquello, pero desde entonces el objetivo vital de Mina se convirtió básicamente en destruirme.

—Dios, menudo carácter tiene.

—Pero igualmente no le hiciste la reverencia, ¿verdad? —pregunta Akari.

—Se necesita algo más que una ricacha niñita de papá con un buen complejo para obligarme a hacerle una reverencia a Mina —respondo.

—Esa es mi chica —me dice dándome unas palmaditas en la espalda—. La joven Rachel estaría muy orgullosa de ti.

Le dedico una sonrisa fugaz, pero, por dentro, empiezo a derrumbarme. Si pudiera volver atrás, conociendo la etiqueta adecuada, ¿de verdad haría lo mismo? Me gustaría decir que sí, que evidentemente que pondría a Mina en su lugar, pero ni siquiera yo misma sé si estoy siendo sincera. Me acuerdo de cómo he salido corriendo del aula de ensayos esta mañana, cómo evito las confrontaciones con el resto de aspirantes... Yujin siempre me dice que tengo que estar por encima de todo esto, que debo centrarme en trabajar duro y yo me lo repito sin parar. Pero...

¿estaría orgullosa de mí la Rachel de once años? ¿O me llamaría cobarde?

Akari y yo nos unimos a la ceremonia y subimos al escenario, donde esperamos a que llegue nuestro turno, en fila con el resto de aspirantes veteranos, para que los novatos nos hagan las reverencias.

—Perdonad, las princesas y sus lacayas al final —nos suelta Lizzie.

Las chicas que tenemos al lado emiten unos gritos ahogados de asombro.

A mi lado, Akari se da la vuelta para plantarle cara.

—Perdona tú —le espeta con el rostro muy cerca del de Lizzie y los ojos entornados por el enfado—. Somos más veteranas que tú. No nos vamos a ninguna parte.

Los ojos de Lizzie buscan nerviosamente a Mina, que nos mira con una sonrisa de suficiencia en la cara. Sin embargo, no puede decirnos nada: ambas saben que Akari tiene razón.

—Como quieras —resopla, claramente derrotada—. Sois unas intrusas igualmente.

A nuestro alrededor, todos los aspirantes nos observan y se ríen por lo bajo. Ya he tenido bastante.

—Venga, Akari —murmuro con las mejillas encendidas—. No vale la pena.

Me doy cuenta de que Akari está furiosa por cómo camina, muy erguida y tensa, pero me sigue de todas formas. No vale la pena, me repito a mí misma. No es profesional montar una escena en la ceremonia de novatos. Yo no soy como Mina.

En lugar de eso nos dirigimos a la mesa con el banquete. Yujin me coge la mano y la aprieta con fuerza.

—¿Todo bien por ahí? Parecíais... tensas.

Le sonrío con tirantez.

—Sí, no hay nada de qué preocuparse —respondo, haciendo caso omiso de su ceja enarcada, y cojo un plato. Distraída, hago ademán de tomar un sándwich con la intención de comérmelo junto con la espiral de vergüenza que empieza a gestarse en mi estómago. Justo entonces, Akari me aparta la mano y sacude la cabeza.

—Pepino —me indica señalando el cartelito.

—Qué asco —replico con un escalofrío y, en lugar del sándwich, me pongo un trozo de pizza de beicon y queso fundido en el plato—. Gracias, me has salvado la vida.

—¿Para qué están las amigas? —Sonríe—. Además, no pienso volver a sufrir la terrible catástrofe del pepino de 2017. Todavía tengo pesadillas cuando me acuerdo de ti vomitando por toda la cantina después de aquel mordisquito que le diste a la ensalada de pepino.

—¡No es culpa mía! ¡Los pepinos son como el *footing* del mundo de las hortalizas! La gente finge que les gusta porque se suponen que son buenos para la salud, pero en realidad son lo peor. Y saben a rayos. Y deberían ser ilegales.

—Lo siento, amiga, pero creo que los pepinos técnicamente son frutas. —Se ríe Akari y yo le arrojo una servilleta arrugada en toda la cara.

Si entras a cualquier clase de aspirantes a estrella K-pop, encontrarás a los adolescentes con más talento del universo: grandes bailarines, cantantes consumados y, por supuesto, los mejores cotillas del mundo entero.

—He oído que se ha teñido el pelo de naranja —comenta Eunji.

—Y no de un naranja cualquiera, sino del mismísimo tono que lleva Romeo de BigM$ney —responde un aspirante de primer año que lleva unos pantalones plateados y cuya voz apenas ha pasado la pubertad.

Parece que la clase está en marcha.

Todo el cotilleo, por supuesto, se concentra en una sola cosa: Jason Lee, la nueva gran estrella K-pop de DB y la última incorporación a la codiciada placa del anuario, después de que su grupo, NEXT BOYZ, llegara al número uno con su sencillo «True love». No puedes dar un paso en el campus —ni en ningún lugar de Seúl, en realidad— sin oír la melancólica voz de tenor de Jason cantando acerca de encontrar a su gran amor. El señor Noh no ha estado más contento en toda su vida. Pero ahora, por lo que parece, el dulce, humilde y leal Jason está peleado con los ejecutivos y nadie sabe por qué. Doy un sorbo a la lata de Milkis, feliz por poder olvidarme del día que he tenido, y escucho las teorías que se arremolinan a mi alrededor.

—Yo he oído que le robó al señor Noh su colección de vinilos —susurra una tercera voz, detrás de un espeso flequillo castaño-rojizo.

—¿El príncipe de DB? ¿Robando? ¡Él no lo haría nunca!

—¿Pensáis que se daría cuenta el señor Noh? Tiene como mil vinilos.

—¿Lo dices en serio? Ese hombre está obsesionado con sus discos.

—¿A quién le importa si es un ladrón? ¡Es demasiado mono como para que lo echen! —Media docena de aspirantes empiezan a asentir convencidos.

Sacudo la cabeza imperceptiblemente porque no me lo

puedo creer. ¿Vinilos robados y el pelo teñido? ¿Esto lo más grave que se le ocurre a la malvada maquinaria de rumores de DB? Unos meses atrás, cuando de pronto echaron a una aspirante, Suzy Choi, de un ciclo de clases, empezaron a correr rumores de que era drogadicta y debía miles y miles de wones a sus camellos, quienes la vendieron a uno de esos restaurantes de temática norcoreana de Camboya. (Akari, sin embargo, me dijo que había visto a Suzy por la calle de la mano de un chico muy mono, pero yo no me lo creo. Es imposible que Suzy rompiera la estricta política «anticitas» de DB; en esta industria, las drogas ilícitas son más creíbles que un novio ilícito). Una vez, el año pasado, mi madre y mi padre tuvieron que trabajar en domingo y me pidieron que me llevara a Leah conmigo a ensayar, bueno, pues los rumores de que era mi hija ilegítima, de que cuidaba de ella durante la semana y que por eso solo podía ensayar durante el fin de semana todavía se comentan de vez en cuando. Por supuesto, el hecho de que solo sea cinco años mayor que ella no pareció importarle a nadie.

—Lo que tendríamos que hacer es concentrarnos en trabajar más y en cotillear menos —afirma Mina con santurronería y estira el cuello mientras se pone en pie para mirar al señor Noh. Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. ¿Puede ser más descarada?

Luego, me mira a mí y se me acerca caminando tranquilamente. Al ver el plato que tengo en las manos esboza una gran sonrisa.

—Rachel, qué pena que no hayas podido participar en la ceremonia de reverencias. Probablemente es mejor que nos

la dejen a aquellos que sabemos lo que tenemos que hacer, ¿no crees? Aunque espero que estés disfrutando de la comida.

Ya está. Ya he tenido bastante Mina por hoy.

—Sí —respondo con la misma alegría al tiempo que tomo un trozo de beicon que tengo en el plato y lo mastico con descaro. Luego, poso la mirada en el plato de apio pelado y dotori-muk que Mina sujeta en las manos y añado—: Tengo suerte de ser de constitución tan delgada que no tengo que vigilar lo que como.

En ese momento, un grupo de aspirantes jóvenes que pasan por allí nos miran con los ojos abiertos como platos y se echan a reír.

Mina entorna los suyos enfadadísima además de sorprendida: no está acostumbrada a que se la devuelva. No me cabe duda de que me lo hará pagar.

Levantando la voz unos cuantos decibelios, me dice:

—Si Akari y tú no tenéis nada que hacer esta noche, ¿por qué no venís con nosotras a la residencia de aspirantes para un ensayo de técnica vocal? Lo hacemos cada sábado por la noche y no querría que te quedaras atrás.

La residencia de aspirantes. Ya, claro. Umma jamás me dejaría ir y Mina lo sabe.

Antes de poder responder, el señor Noh se nos acerca. Evidentemente, hablando tan alto, Mina ha dado sus frutos. Al menos todas esas lecciones de canto extraordinarias le están sirviendo para algo, la chica sabe proyectar la voz.

—¿Estoy oyendo algo sobre ensayos nocturnos? —Sus ojos repasan el grupo y se detienen en mí—. ¿Es idea tuya, Rachel? —me pregunta sonriendo—. ¡Nuestra aspirante más trabajadora!

No me quita los ojos de encima y el resto de nosotras nos quedamos mudas, todas se yerguen en el asiento tanto como pueden, alertas y listas para levantarse e impresionarlo en cualquier momento.

A mi lado, Mina está furiosa porque el señor Noh ha vuelto a fijarse en mí. Fuerzo una sonrisa y abro la boca para contestar, pero Mina me corta en el último momento.

—¡Yo estaré allí, señor! —le dice prácticamente a gritos y un puñado de trozos de apio se le caen del plato.

Del susto, el señor Noh abre mucho los ojos, pero se recupera enseguida.

—Una actitud maravillosa. Muy bien hecho, señorita... esto...

—Choo. Choo Mina. Mi padre es Choo Minhee... —Mina se viene abajo—. Son viejos amigos, usted y mi padre...

—Ay, sí, claro, ¡la hija de Minhee! —dice el señor Noh con una risita; el alivio puede leerse en sus ojos—. Gracias por recordármelo.

Una sonrisa ilumina el rostro de Mina.

—Gracias a usted, señor Noh —replica Mina con afectación—. ¿Se verán pronto? Padre siempre habla de lo mucho que disfrutó de su compañía en la fiesta de Navidad de la Corporación Choo...

—Sí, sí, tendré que llamarlo. —Suelta otra risita antes de volver a centrar su atención en mí—. ¡Qué gusto tan maravilloso tienes para las amigas, Rachel! Tú y Mina sois muy buen ejemplo para las otras aspirantes veteranas. Deberíais considerar prioritaria esa sesión nocturna. —El señor Noh fija sus ojos en los míos y puedo verme reflejada en sus gafas—. Especialmente quienes queráis debutar pronto.

Me arden las entrañas, pero no vacilo. Puedo notar la expresión engreída de Mina perforándome la sien, pero doy otro sorbo de Milkis y sonrío.

—Cuente conmigo —digo. El señor Noh asiente complacido y yo levanto mi refresco hacia él como si brindara. «Por la familia y por que me fastidien de lo lindo»—. Me muero de ganas.